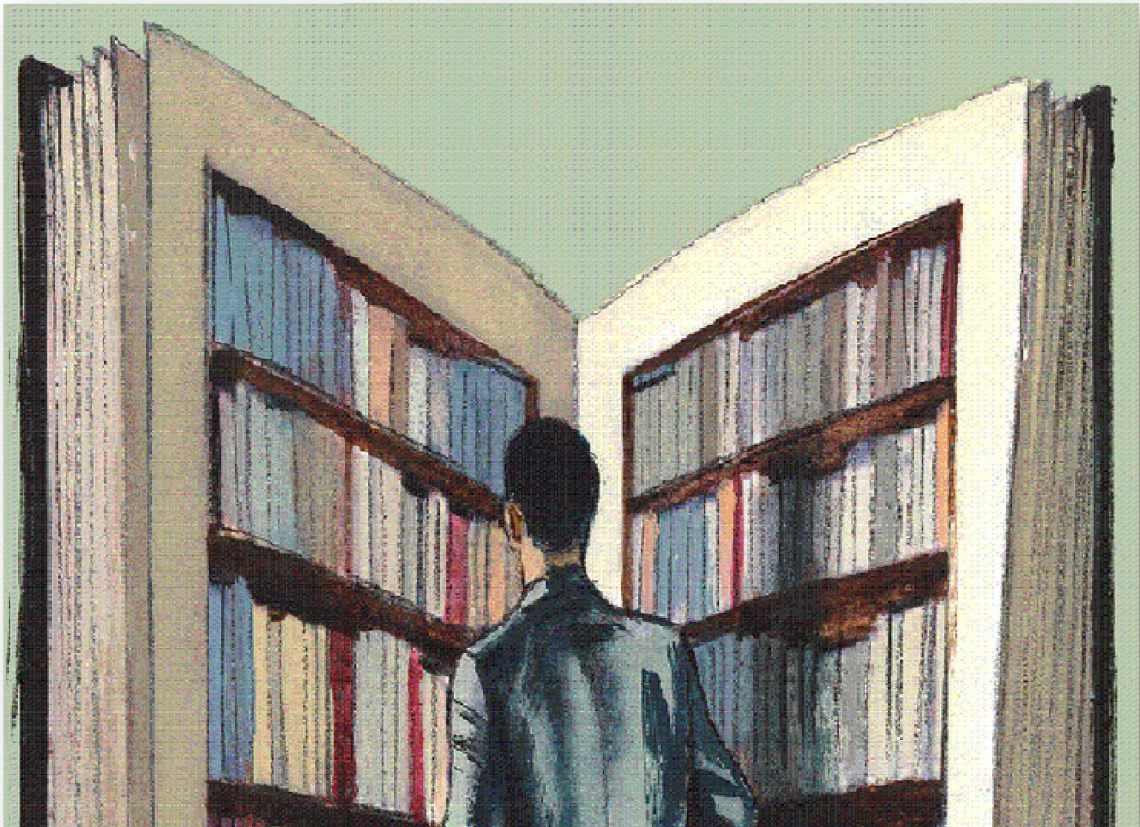


RELATOS CORTOS

«CUANDO SOPLABA EL LEVANTE».

Por Antonio David Bravo Carrasco.



«CUANDO SOPLABA EL LEVANTE»

Dedicado a Manuel Garrido, a esa infancia triste allende las tapias del Cementerio de San Rafael.

Recuerdo que cuando soplaban el levante el mar traía un olor intenso, fuerte, que picaba en las entrañas: un olor a carne podrida. Lo recuerdo muy bien, porque esos días mi madre se ponía muy nerviosa, andaba de un lado para otro, se agachaba con su espinazo torcido, fregaba lo que ya estaba fregado, cocinaba lo que no había que cocinar, se ponía a regar las plantas del patio aunque estuvieran empachadas del agua sucia del barranco. Lo recuerdo, también, porque mamá rompía a llorar. Era una cosa que impresionaba, yo no tenía más de seis años, pero intuía que ese olor a bicho muerto –siempre asociaré aquellos años con esa peste, como una especie de invitación al vacío que naciera de las cuencas de una calavera- encerraba un

gran misterio, una culpa secreta, o acaso la linfa contaminada que circulaba bajo la piel de la ciudad.

Cómo lloraba mamá, esos días. Arrancaba con hipidos, le hervían los pucheros en la boca, era como una niña, los ojos tristes, muy negros y redondos, cuánto se parecía a Laurita, su hija, mi hermana. Esos días las dos lloraban de la misma manera, con el énfasis de un geiser de saliva y lágrimas nacido de las entrañas del corazón, bullendo en los ojos, de un rojo sangre que de recordarlo me mata.

Imagínense la curiosidad natural de un niño: debe ser una cosa bien grave, esta peste, pensaba, qué será. Como mamá lo pasaba tan mal, aproveché un día para preguntarle a papá. Lo tenía todo preparado. Papá venía con los cántaros vacíos, de repartir la leche, aparecía con los cacharros relumbrantes bajo la luz de la tarde, como flotando sobre las tomateras que orillaban el carril, se bamboleaba, cansado, se acercaba ya y rodeaba el trigal de Don Fermín, íbamos yo y el Ramiro –mi chuchito viejo, herencia del abuelo- y lo recibíamos. Esa tarde me atreví, lo interpele. Estaba a la altura de sus ojos, me levantó en volandas, el aliento macerado de aguardiente y tabaco, la sonrisa seca y fugaz: ¿papá, papá, la peste esa a bicho muerto, de qué es papá? ¿Por qué mamá llora tanto cuando llega la peste, papá? ¿Es verdad que la peste viene del cementerio?

Pobre papá, que en paz descanse, tantas preguntas de niño, tantas preguntas definitivas. No hijo, no, la peste no viene del cementerio. En realidad, lo que pasa es que había una granja de guarros detrás, ¿sabes? La abandonaron cuando entraron los nacionales, y lo que queda es una zanja. Algunas noches, vienen camiones del matadero a traer cochinos muertos. Los echan allí, y por eso, los días de levante, viene el olor a bicho muerto. No te preocupes, hijo, lo que le pasa a mamá es que es muy llorona, se acuerda de unos guarritos que tenía en la zahúrda, cuando era chica, y le da pena. Algún día entenderás que las mujeres son muy especiales. Pelo largo y entendimiento corto, no lo olvides, gañán. Sonríe otra vez, agita mi pelo con sus dedos callosos, me baja al suelo, suavemente, pero me viene a la memoria el rictus torcido de la boca en su amago de silencio, las pupilas afiladas, un destello en la mirada, sería miedo, pena, o un poco de todo, sería, ahora ya lo sé, el rencor que crían los ojos de los derrotados. Eso era, sí, eso era.

También en relación con aquel cementerio me inundan más imágenes, retazos de un rompecabezas de recuerdos mal zurcidos por la mente tramposa de niño, tan proclive a embarrar lo fantástico con lo real.

Me acuerdo, por ejemplo, de aquellas noches de invierno, que siempre me parecían tan mojadas y frías, los

manchurriones del techo como presintiendo la tisis. Recuerdo los disparos de las ametralladoras, un rumor subterráneo que arrancaba de la tapia de San Rafael. A mi los tiros me daban un miedo atroz, primordial, el pavor que supongo hubieron de sentir los hombres primitivos la primera vez que un rayo incendiara un árbol yerto en su presencia, el presentimiento de una naturaleza absoluta y arbitraria. Esas noches el tableteo de las ametralladoras se adueñaba de la ciudad callada, de sus rincones agotados por los escombros, de sus calles vencidas por la incuria y la ruina, de las cicatrices todavía visibles del terror rojo, nos decían.

Yo me ponía a temblar en la cama, me abrazaba a Laurita, y ella se hacía siempre pipí. Qué estropicio. Yo gritaba, llamaba a mamá, gimoteaba, y la única respuesta que al principio tenía era la confirmación del llanto de Laurita en los sollozos de mamá en su cuarto. Entonces se abría nuestra puerta, entraba papá, qué os pasa, niños, ra-ta-ta-ta, ra-ta-ta-ta-ta, las ametralladoras sonando, tambores de sombra retumbando, otra vez te has meado, bandida, y se sentaba con nosotros. Su presencia cálida, tranquila, con el fondo triste de los ojos, un pelín febriles, esas noches, y nos mecía en la cama, y nos decía:

-Los tiros que escucháis no son más que los que les dan a los guarros para matarlos. Además, de vez en cuando, la

Guardia Civil viene a hacer prácticas por las noches.

- ¿A la tapia del cementerio, papá?

- Ahí mismo, hijo, ahí mismo.

Pero yo no me lo creía. Y papá, astuto, nos obligaba a recitar una oración, para que os proteja de los espantos, para que aleje el miedo, por si creéis que los tiros son monstruos, o demonios, que sois niños, que ya lo sé. A ver, repetid conmigo, en voz baja:

Cuatro angelitos tiene mi cama...
cuatro angelitos tiene mi cama,
murmurando.

Cuatro angelitos que la guardan... tú también Laurita, tu también... cuatro angelitos que la guardan.

Dos a los pies, dos a los lados...dos a los pies, dos a los lados.

El reino de los cielos a mi costado...el reino de los cielos a mi costado.

Y otra vez el ran-tan-tan, ran-tan-tan, arreciando bajo el relente.

Laurita, Juanito, duerme y reposa, venga, repetid conmigo, más alto que os escuche... Laurita, Juanito, duerme y reposa.

Y no tengas miedo de ninguna cosa.

Ran-tan-tan-tan, ran-tan, tan, tan.

Y no tengas miedo de ninguna cosa.

Eran tales las evidencias, tantos los indicios del gran secreto, tal la sensación de que todo el mundo lo sabía menos nosotros. Laurita decía que aquello no eran ametralladoras, sino las fauces de un demonio que salía del mar por las noches. Se llevaba a los hombres para devorarlos junto a la tapia del cementerio. Los disparos no eran tales, sino que se trataba del entrechocar de sus dientes, sus mandíbulas de acero o de un hueso antiguo y cruel, abriéndoles la carne, haciéndolos puré. Y encima, como si su versión de los hechos no fuera de por sí inquietante, mi hermana me hablaba en voz baja, debajo de la colcha:

-El otro día el demonio se llevó al padre de Pedrito, y al de Amalia la semana pasada. Ya conozco a muchos niños sin papá. El demonio se los mastica, y luego los mandan a la Misericordia.

- O sea, que además de quedarte huérfano, te mandaban al orfanato. ¡Cómo si no tuvieran bastante con ser rojos, y con que ese demonio se comiera a sus padres, encima van y los meten en la Misericordia!

Para que le dije eso a mamá, otra vez llorando, girando como una peonza, moqueando sobre el delantal blanco, para al final darme una galleta de esas que te hacen girar en el sentido inverso de las manecillas del reloj, de esas que delimitan con el latigazo de la cachetada el límite del tabú, el abismo lacerante dónde caen las preguntas

prohibidas. ¡Te callas, niño, te callas!
¡Como vuelvas a hablar más de esas tonterías, se lo digo a tu padre!

Pero Laurita y yo seguimos investigando, oteando en el aire los indicios de la verdad oculta, la urdimbre mágica que enlazaba esas vivencias, esas sensaciones. Era muy fácil recoger las miguitas de pan que habían de conducirnos por el laberinto de las elusiones y el silencio. Bastaba con que lo vivido fuera extraño, atípico, que nadie hablara de ello. Eso ya nos indicaba que íbamos por el buen camino.

Y aunque teníamos miedo, pues pensábamos que el demonio escuchaba las conversaciones -sus orejas como trompas de oro gigantes, y yo que empezaba a creer a pies juntillas en la teoría de mi hermana- seguíamos con la pesquisa. La verdad era que salir de noche y enfrentarse al monstruo era tarea de valientes, y con la dieta de achicoria y pan migado no se podía ser un héroe. Yo no me imaginaba a los caballeros medievales ni a los campeones de la espada con retortijones en el estómago, no Laurita, eso no podía ser, todavía no estábamos en condiciones de ir a por el demonio, y además, tú eres una niña, y Jaime es un cagueta, y el Bernardino encima es hijo de un guardia, seguro que se lo cuenta a su padre, me da a mí que la Guardia Civil tiene tratos con el demonio, o están cagados, algo pasa. No tenemos tropa, Laurita, qué

podemos hacer contra una criatura tan grandísima.

No me olvidaré nunca de aquel día en que pasamos al cementerio. Entrar en San Rafael no tenía nada de particular. Aunque la geografía del niño magnífica hasta monumentalizar los espacios de la memoria, aquello no era más que un recinto triste, desconchado, lleno de lápidas y señales apagadas, un terrizo de arcilla tostado por el sol, amenizado por algunos cipreses, con la sombra rala y el porte triste y torcido de hombre vencido, rascando el cielo de cobalto. Un erial en el que sólo germinaban velas y flores huérfanas el día de todos los santos, salteado de calaveras y huesos muy blancos entre montones de tierra removida.

Pero esta vez fue distinta, como lo fue a partir de ese momento. Y es que, aquel vulgar depósito de desmemoria, almacén de despojos sin dueño, deparaba un montón de respuestas. Estaba por ver si esos pequeños secretos nos llevarían al arcano principal, a ese que tanto asustaba a todo quisque, incluido, desde luego, al papá de Bernardino.

Como decía, ese día Laurita vino corriendo al patio, me tomó del brazo, me arrastró precipitadamente, iba descalza, no se si porque con las prisas se le olvidó ponerse los zapatos. Más bien creo que porque en esos tiempos

no había dinero para calzado. Vamos, Juanito, ¡chiss!, el dedito en la boca, vamos que te voy a enseñar una cosa. Corría insensible a las picaduras de las piedras en los pies satinados de hollín, una determinación fiera en los ojos, un ritmo de vértigo en las caderas chiquitas.

Accedimos por la puerta principal, el camposanto callado como una noche sin luna. Un sol de mercurio fundiendo la punta esbelta de los cipreses, el perro del vigilante bostezando bajo la sombra de una higuera. ¡Mira, Mira! ¡chiss! y señala, acusadora, hacia la zanja enorme: una herida en la tierra sellada por la cal, una lengua blanca reverberante bajo el resplandor del mediodía.

¡Mira, Mira! Y apunta otra vez: En una esquina, apenas cubierto por la hierba, un brazo sobresale de la fosa, se eleva, recortando en su gesto agrio el horizonte de las casas del vecindario. El brazo es moreno, velludo, la mano bien soleada, como si en su resplandor fresco retuviera aún la vida que alguna vez la puso a las órdenes de un cuerpo. Una chispa de luz parece capturada en uno de sus dedos. Entonces fui yo el que me acerqué, con pundonor de niño cuyo valor fuera cuestionado por la determinación del bello sexo. Me pongo en cuclillas, toco el dedo, y veo el anillo. Dorado, limpio, quizás el gran secreto se esconda en su círculo encendido. Lo tomo entonces, no sin dificultad, me lo guardo en el bolsillo

del pantalón, y corremos como alma llevada por el diablo.

El increíble descubrimiento cambió todas nuestras perspectivas. Estaba claro que nos enfrentábamos a un enemigo atroz, a un ser monstruoso que tenía poder, no sólo para devorar a los hombres, sino para abandonar sus despojos de cualquier manera, como si de huesecillos de aceituna se tratara. La cosa se ponía seria, máxime si tenemos en cuenta que la zanja servía para encubrir el crimen: estaba claro que tanto la Guardia Civil como las máximas autoridades estaban paralizadas ante el gigantesco bicho. Su imagen quedaría tan deteriorada de conocerse el escándalo que no les quedaba más que esconderse por las noches y enterrar los restos de los buenos ciudadanos que la ley no había sabido proteger. Por supuesto que por entonces mi mente no podía urdir razones así, aunque estoy convencido de que la intuición pueril buscaba esas mismas palabras, aún sin poder todavía encontrarlas. Encubridores de asesinato, matarifes de la patria, genocidas, diría, años después, cuando el destino estaba ya ejecutado.

Laurita, por méritos propios, se hizo cargo de la custodia de tan importante secreto. El anillo se guardaría debajo de una losa desportillada del cuarto, envuelto en un trapito blanco. Y pídele al niño Jesús que la luz del anillo no llame al demonio, que si no verás que lío, Laurita. No, tonto, como va a dar

luz, si lo tenemos escondido. Espero que lleves razón, hermanita, espero que lleves razón.

Antes de llegar al corazón de esta historia, al cruce de caminos que le dará todo su sentido, a la noche de terral en la que me encontré con el mal cara a cara, querría hacer un pequeño inciso, un rodeo del recuerdo que, como podrán comprobar más tarde, resulta necesario para entender la lógica oculta de mi razón de niño. Por ello hablaré ahora de una fotografía, de una imagen, de un instante de memoria custodiado por un portarretratos, del único objeto no averiado que había en la casa: la foto del abuelo Andrés. Un hombre avejentado, las arrugas hondas trazando meandros desde la frente a las mejillas hasta desembocar en las comisuras de la boca. Posa como aterido por un viento invisible, seguro que helado, ante un fondo lánguido de olas apagadas, confundidas en sus crestas de espuma con un cielo color ceniza. Le acompañan varios hombres, con los que parece compartir el mismo destino de cansancio en los ojos, el mismo rubor de la piel atezada por un sol norteño, tímido y pacato. Las sonrisas tenues anuncian la camaradería ante la adversidad, el legado compartido de dignidad en la derrota, la voluntad decidida de supervivencia en la firmeza de los mentones.

Aquel papelote en sepia era lo más tangible que quedaba de mi abuelito. Del hombre real, si es que alguna vez existió – tal era el manto de silencio que opacaba su vida- no conservaba más que retales deshilachados de sensaciones: el cosquilleo de gratitud en la garganta cuando me acariciaba la cara con su mano de sarmiento; la textura tibia de su voz sorprendentemente joven, elástica, bañando mis oídos de criatura que empezaba a corroborar el sentido de las palabras; la estridencia del llanto de mamá, su grito desgarrando los desconchones del techo, el día que el abuelito no despertó, tieso como una mojava, tan sereno e indiferente que no había luego quién le sacara los zapatos o le encajara la vieja chaqueta en los hombros, rígidos e impertinentes en su postrero rigor de esfinge.

Del hombre imaginado, no tenía más que las escuetas referencias dadas por mamá: el abuelito era maquinista de tren, no tan mayor como yo creía, se había ido a trabajar muy lejos, y había vuelto hacía poco. Estaba enfermito, con que así que lo íbamos a cuidar, ¿verdad, Juanito? Eso antes de su muerte. Después, papá me contó que el abuelo Andrés había estado largo tiempo trabajando en el norte, en un sitio que se llamaba el Dueso, y después en Orduña, que hacía frío, y mucha bruma, y que el trabajo estropeaba los pulmones. ¿Y por qué se ha tenido que ir tan lejos? ¿Por qué hay tantos papás que se van a trabajar allí?

creo que le dije, o quizás lo imagino, no me acuerdo bien: porque a los malagueños nos gusta viajar, Juanito, dijo papá, somos gente aventurera, y otra vez esa quemazón en los labios de él, esa sonrisa melancólica.

Hasta ahí llegaba el abuelo realmente existente para mí. No obstante, también había un abuelo presente en el recuerdo de los otros, un hombre felizmente desaparecido marcado por el gran estigma de la época, la maldición fetiche de mi tiempo.

¡Tu abuelo era un rojo, un rojo de mierda, un asesino de curas, el canalla más grande de los ferrocarriles!, y Bernardino dale que te pego con la misma monserga, siguiéndome todo el camino de vuelta a casa, ¡rojo de mierda, muerto y bien muerto que está!, y seguía, y no se callaba, no le intimidaba la polvareda del camino, ni el perro de la huerta del Manuelillo, que salía de la entraña de las lechugas para imponer orden, babeando, iracundo, ¡rojo de mierda, rojo de mierda!. Entonces me vuelvo, parece que lo estoy viendo, cojo una piedra del suelo, me la encajo en la mano derecha, busco la arista más afilada, rápido, sin darle tiempo a Bernardino, y le endiño en los morros, su sangre caliente en mis dedos. Cae al suelo, alorado, lloroso, le trinco la entrepierna, sus cojoncillos imberbes entre mis manos, se los retuerzo como dos peladillas grasientas. Esto si que duele, maricón, la próxima vez que te metas

con mi abuelo, te voy a poner los cojones como un balón de reglamento. Y Bernardino estupefacto, el mal habita el alma de los rojos, es una tara genética, una sustancia viscosa en la médula de los recién nacidos, diría su padre, mira el Juanito, tan educado que parecía, y fijate la mala leche que tiene, que palabrotas me decía. Es verdad, que palabrotas le decía, me sentí más hombre, más respetado, todo un bandolero, la boca sucia de improperios, todo un rojo. Sí señor, decidí aquel día, yo también seré un rojo, pensé, pero no se lo diré a mamá, ni a papá tampoco.

Y llegó aquella noche de terral, esa de la que hablaba antes, disculpen que mi mente divague de esta manera, pero la edad no perdona, y los jubilados tendemos siempre a girar sobre los remolinos del recuerdo en un bucle sin fin. Aquella noche estaban abiertas las ventanas, un batallón de mosquitos se lanzaba en picado sobre mis piernas y las de Laurita, que se quejaba entre sueños. Había un silencio arenoso, irrespirable, suspendido de la nada oscura de la noche. Al fondo la ciudad se intuía como un cadáver al acecho, si es que los muertos pueden acechar algo. Y de nuevo, otra vez, sucedió: ran-tan-tan, ran-tan-tan, ran-tan-tan, como un eco que viniera del mar; ran-tan-tan, ran-tan-tan-tan, Laurita removiéndose en la cama, mascullando algo; ran-tan-tan-tan, ran-tan-tan, Laurita no se va a despertar.

Fue en ese momento cuando tomé la decisión. Sin pensarlo, como luego me enseñaría la vida que se hacen las cosas que de verdad nos determinan, con los hígados. Me levanté sigiloso, descalzo y sin apoyar las plantas de los pies. La puerta de la calle estaba abierta, el calor se aliaba conmigo. Salí, miré atrás y papá y mamá no hacían ni un ruido, su cuarto cerrado como una sepultura. A la calle, Juanito, que los rojos tenemos que ser valientes, me dije, o soñé que me dije, entonces. Y salí a la calle. Ran-tan-tan-tan, ran-tan-tan-tan otra vez. Corrí por el camino de tierra, entré en el trigal de Don Fermín, así acorto camino hacia la tapia del cementerio, pensé, muy rápido. Me escocían los brazos bajo el rubor caliente de las espigas. Allí estaba ese demonio, sus ojos llameando en la oscuridad, parecía enfocar a unos títeres temblorosos. Eran por lo menos tres, me acerqué con más sigilo, casi hasta el borde del sembrado. Cuidado, Juanito, el demonio puede volver la cara, te congelará el alma si te mira. Sombras envaradas que se dibujaban en la tapia, se yuxtaponían a las figuras de los hombres, atados a una cuerda.

¡Atención!... ¡Preparados!... ¡Carguen!...
¡Hijos de puta!... ¡Cabrones!

Entonces sucedió. Uno de ellos se suelta de la cuerda, corre que se las pela, viene hacia mí, se pierde en el trigal, me tiro al suelo. ¡Me cago en Dios, disparad, que se escapa, coño!

Ran-tan-tan-tan, las fauces del monstruo cercenando los copos sobre mi cabeza. ¡Bueno, bueno! dice el que lleva la voz cantante: Rematad la faena, que de ése nos encargamos luego. Otra ráfaga de ametralladora escupida por las sombras de charol. El demonio no trabaja solo, me decía, mira quiénes son sus ayudantes, ahora si que no entiendo nada, creo que pensé, no se.

Volví meditando a mi casa, comenzaba a abrirse el sello del secreto como una revelación que brillaba hasta cegarme. Faltaban todavía muchos años para que de los rescoldos de esa luz naciera la cruda verdad revisitada por los ojos del hombre que luego fui: un camión, unos guardias civiles con ametralladoras, dos bultos tirados delante de la tapia. Un asesinato, demasiado evidente y atroz para los ojos de un niño dado a la ensoñación.

En la cama me ardían las rodillas, los brazos, el cuello castigado por los lancetazos de los bichos que poblaban las noches del verano. Por aquel tiempo eran más feroces que ahora, más grandes, quizás porque tenían tanta hambre como nosotros, o porque teníamos las defensas bajas, como gusta tanto decir a mi mujer.

Laurita se removía sobre la toalla que mamá le había puesto para que no manchara más. La luna entraba por la ventana, apenas un rayón combado salpicado de cenizas, la luna de las

noches de terral, decía papá, todo era oscuridad.

- ¡Abran a la Guardia Civil! ¡Abran a la Guardia Civil! parecía que la puerta iba a explotar, para qué la habría cerrado, para qué la habría cerrado. ¡Abran a la Guardia Civil! Los párpados de Laurita desvelados de pronto, muy abiertos los ojos. ¡Ya va, ya va! ¡Qué coño hacías con la puerta cerrada! La voz acompañando a los pasos desafiantes, al otro lado de la puerta de mi cuarto, entreabierta, mientras miraba por el hueco. ¡Gabriel, espero que no hayas vuelto a las andadas!, le decía a mi padre. Estamos buscando a un reo, y por tu bien espero que no se haya acercado por aquí. Laurita se estaba meando otra vez, el chorrito manaba de su vejiga generosa. Gabriel – y parecía como si la voz del guardia se hiciera más cálida, más personal- la primera vez pude interceder por ti, pero si hay otra, acabas en la tapia. Ahora le explota a mamá el llanto, como lo recuerdo, esa noche, tan vivo como si me chillara un bebé dentro de la cabeza.

- Mi sargento, nosotros no sabemos nada de reos ni de desafectos, aquí lo único que queremos es criar a nuestros hijos, que con eso ya tenemos bastante.

- Espero que así sea, espero por tu bien que así sea.

Mamá por fin lloraba más bajito.

Otra vez se hizo el silencio. Esa noche no iba a haber ya más ran-tan-tan. Le di un beso a mi hermanita, el pipí fermentando entre sus piernas, y nosotros sin atrevernos a llamar a papá ni a mamá: no estaba el horno para bollos, diría años más tarde cuando rememoré aquello con Laura. Me acerqué de nuevo a ella, le di otros dos besos de los que suenan y le conté mi aventura: sí, he visto al demonio, le dije, unas fauces enormes, te paraliza con sus dos ojos de fuego, parecen los faros de un camión, tiene tanta fuerza su mirada que atrae a todos los bichitos de luz a su alrededor. Te digo, hermanita, que rugió en mis narices, y me dio una dentellada, aunque como estaba tirado en el trigal de Don Fermín, no me alcanzó. Y así ella se quedó contenta, y sonrió muy suave, y se durmió, aunque el escozor del meado le aturdió el gesto cansado.

He pensado toda mi vida en aquella noche, y no dejo de preguntarme si fue entonces cuando asumí la verdad, el horror que me miró cara a cara, o si fue mucho después, cuando el sedimento de los hechos germinó en mi interior como la certeza sin poesía de la realidad. Sólo sé que al día siguiente me dirigí a mi padre, en el desayuno, y rememoro esa conversación como si un taquígrafo marcara sus palabras en mi cerebro por hacer:

-Papá, papá, le dije, ¿fue el demonio de la tapia el que se llevó a los titos?

- Sí, así fue, y mamá que se cubre la cara con las manos, ahora sin llorar.

- ¿Vendrá a llevarte a ti también, papá?

- A mí no, conmigo no va a poder.

- ¡Cállate, Gabriel, cállate! No asustes más a los niños, no digas más tonterías.

- Juanito, Laurita, escuchad bien lo que os voy a decir, porque es la última vez que hablamos de estas cosas ¿entendéis? Yo ya he estado con ese demonio, como el abuelo Andrés, y he vuelto, como volvió el. Le he visto los dientes y me ha echado el aliento a la cara. Y aquí estoy. El próximo que me lo miente aunque sea de lejos –nos señaló con su dedo índice, contundente- le doy una hostia que va a caer en Tetuán. ¿Entendido?

Mamá lo miró con sus ojos estragados, el manantial del que manaban sus lágrimas clavado en algún recoveco del corazón, seco por fin.

-Y tú no llores más, mujer. Guarda las lágrimas porque sin duda nos van a hacer falta.

Y cumplimos. Nunca más hablamos de aquello. Lo que mi padre nunca supo, es que de toda aquella historia quedó una evidencia, una verdad modelada en el oro precario de los sueños, un anillo estropeado por el tiempo que, todavía, sesenta años después, me

acompaña como un aviso, como el legado único de un hombre, alguien perdido para siempre en los vendavales de la tierra, en los torbellinos del olvido, alguien que he imaginado durante todos estos años, pero del que, a ciencia cierta, sólo conozco las iniciales de un nombre, la siglas de una identidad tallada bajo un baño de oro: J. C.



PERFIL BIOGRÁFICO

Antonio David Bravo Carrasco.

Nació en Málaga, en 1975. Se licenció en Geografía e Historia, especialidad Historia Antigua, en la Universidad de Málaga, en 1999. Luego realizó los cursos de doctorado en la Universidad de Granada, dedicados a "Arqueología y Territorio" entre 2000-2001. Ha realizado numerosas actividades arqueológicas y de difusión patrimonial con instituciones públicas y Museos. También ha formado parte de varios equipos de investigación de la Universidad de Granada, publicando varios artículos de investigación especializados.

En el ámbito de la difusión cultural, ha trabajado en la empresa IDA, de la que fue socio fundador, como técnico de patrimonio. En el terreno de las letras ha publicado varios relatos en la revista Katharsis, además de recibir un segundo accésit en el Primer Certamen Internacional de Narrativa y Poesía "Palabras Diversas" por su relato "La Mano Tonta de Antoñito Miracielo".

Actualmente se encuentra finalizando una obra de difusión sobre la Historia, Patrimonio y Cultura de la Sierra de las Nieves, junto a Diego Sánchez Guerra, medievalista y experto en gestión de patrimonio.

Dirección:

Rosario Ramos Fernández
Damián Fajardo

Edita:

© Revista literaria Katharsis

Correo:

rose@revistakatharsis.org
damian@revistakatharsis.org

Sitio Web:

<http://www.revistakatharsis.org/>

Depósito Legal: MA-1071/06

Nº 10, julio 2010